

en nombre de Dios, representaban á la humanidad desde el punto de vista de su impotencia para constituir una autoridad legítima por sí sola y en su nombre propio; mientras que los pueblos, en el hecho mismo de no obedecer en el Príncipe sino á su Dios, eran los representantes de la más alta y gloriosa de las prerrogativas humanas, la que consiste en no sujetarse sino al yugo de la autoridad divina. Esto sirve para explicar, por una parte, la singular modestia con que resplandecen en la historia los Príncipes dichosos, á quienes los hombres llaman grandes, y la Iglesia llama santos; y por otra, la singular nobleza y altivez que se echa de ver en el semblante de todos los pueblos católicos. Una voz de paz y de consuelo y de misericordia se había levantado en el mundo, y había resonado hondamente en la conciencia humana; y esa voz había enseñado á las gentes que los pequeños y menesterosos nacen para ser servidos, porque son menesterosos y pequeños; que los grandes y los ricos nacen para servir, porque son ricos y porque son grandes. El catolicismo, divinizando la autoridad, santificó la obediencia; y santificando la una y divinizando la otra, condenó el orgullo en sus manifestaciones más tremendas, en el espíritu de dominación y en el espíritu de rebeldía. Dos cosas son de todo punto imposibles en una sociedad verdaderamente católica: el despotismo y las revoluciones. Rousseau, que tuvo algunas veces súbitas y grandes iluminaciones, ha escrito estas notables palabras: "Los Gobiernos modernos son deudores indudablemente al cristianismo, por una parte, de la consistencia de su autoridad; y por otra, de que sean más grandes los intervalos entre las revoluciones." Ni se ha extendido á esto sólo su influencia; porque obrando sobre ellos mismos, los ha hecho más humanos: para convenirse de ello no hay más que compararlos con los Gobiernos antiguos. (*Emile*, lib IV.) Y Montesquieu ha dicho: "No cabe duda sino que el cristianismo ha creado entre nosotros el derecho político que reconocemos en la paz, y el de gentes que respetamos en la guerra, cuyos beneficios no agradecerá nunca

suficientemente el género humano." (*Esprit des lois*, lib. XXIX, cap. III.)

El mismo Dios, que es autor y gobernador de la sociedad política, es autor y gobernador de la sociedad doméstica. En lo más escondido, en lo más alto, en lo más sereno y luminoso de los cielos, reside un Tabernáculo inaccesible aun á los coros de los ángeles: en ese Tabernáculo inaccesible se está obrando perpetuamente el prodigio de los prodigios, y el Misterio de los Misterios. Allí está el Dios católico, uno y trino: uno en esencia, trino en las Personas. El Padre engendra eternamente á su Hijo, y del Padre y del Hijo procede eternamente el Espíritu Santo. Y el Espíritu Santo es Dios, y el Hijo es Dios, y el Padre es Dios; y Dios no tiene plural, porque no hay más que un Dios, trino en las Personas y uno en la esencia. El Espíritu Santo es Dios como el Padre, pero no es Padre; es Dios como el Hijo, pero no es Hijo. El Hijo es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo; es Dios como el Padre, pero no es Padre; el Padre es Dios como el Hijo, pero no es Hijo; es Dios como el Espíritu Santo, pero no es Espíritu Santo. El Padre es omnipotencia, el Hijo es sabiduría, el Espíritu Santo es amor; y el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo son infinito amor, potencia suma, perfecta sabiduría. Allí la unidad, dilatándose, engendra eternamente la variedad; y la variedad, condensándose, se resuelve en unidad eternamente. Dios es tesis, es antítesis y es síntesis; y es tesis soberana, antítesis perfecta, síntesis infinita. Porque es uno, es Dios; porque es Dios, es perfecto; porque es perfecto, es fecundísimo; porque es fecundísimo, es variedad; porque es variedad, es familia ¹. En su esencia están, de una manera inenarrable é incomprensible, las leyes de la creación y los ejemplares de

¹ Con la palabra *variedad*, quiere designar aquí Donoso la pluralidad de las Personas divinas, según se deduce del contexto y de la frase *La unidad dilatándose*, etc., esto es, las procesiones inmanentes por las cuales el Hijo es eternamente engendrado del Padre, y el Espíritu Santo procede también eternamente de ambos, según acaba de decir el autor en una de sus anteriores frases. Las frases de Donoso implican que las procesiones provienen de la esencia; en el sentido de que la esencia es el principio por

todas las cosas. Todo ha sido hecho á su imagen: por eso la creación es una y varia. La palabra *universo*, tanto quiere decir como unidad y variedad juntas en uno.

El hombre fué hecho por Dios, á imagen de Dios, y no solamente á su imagen; sino también á su semejanza; por eso el hombre es uno en la esencia y trino en las personas. Eva procede de Adán, Abel es engendrado por Adán y por Eva, y Abel y Eva y Adán son una misma cosa: son el hombre, son la naturaleza humana. Adán es el hombre padre, Eva es el hombre mujer, Abel es el hombre hijo. Eva es hombre como Adán, pero no es padre; es hombre como Abel, pero no es hijo. Adán es hombre como Abel, sin ser hijo, y como Eva, sin ser mujer. Abel es hombre como Eva, sin ser mujer, y como Adán, sin ser padre.

Todos estos nombres son nombres divinos, como son divinas

el cual el Padre engendra, y el Padre y el Hijo producen por espiración al Espíritu Santo, según lo enseña Santo Tomás. (*Suma Theol.*, I, q. XLI, 5.)

El presbítero Sr. Gaduel dice (*Ami de la Religion*, número del 4 de Enero de 1854): "¡Dios inmutable, que se *condensa* después de haberse *dilatado*! ¡El Padre *tesis*, el Hijo *antítesis*, el Espíritu Santo *síntesis*!". ¡Qué lenguaje!

No es lícito atribuir á un autor más que lo que él haya dicho; y Donoso Cortés no dice que el Padre es *tesis*, el Hijo *antítesis* y el Espíritu Santo *síntesis*; dice que Dios es *tesis*, y *tesis* SOBERANA; es decir, que es la soberana unidad; que Dios es *antítesis*, y *antítesis* PERFECTA, es decir, que si bien tiene la unidad de esencia, tiene también pluralidad de personas, que estas personas son distintas, y que esta distinción es real y perfecta; en fin, que Dios es *síntesis* y *síntesis* INFINITA, es decir, que en Dios la unidad de esencia y la trinidad de personas, lejos de ser términos contradictorios, se suponen y conciertan recíprocamente. ¿En qué es, pues, escandaloso este lenguaje?

Tampoco dice el autor que *Dios inmutable se condensa después de haberse dilatado*, sino todo lo contrario, pues habla de *dilatación y condensación* ETERNAS, en que es imposible suponer *antes ni después*, ni género alguno de sucesión. No trataremos de defender las expresiones *dilatarse y condensarse*; pero si decimos que por el contexto se entiende que el autor las toma en sentido metafórico y que con la palabra *eternamente* las corrige, y excluye de Dios toda idea de mudanza.

La expresión *diversidad divina* es, según el Sr. Gaduel, de muy mal estilo teológico; tiene razón, y por eso mismo no la tiene en añadir que "se puede decir *diversidad de las personas divinas*, pero no *diversidad divina*", según la *Civiltá Cattolica* le ha echado en cara.

He aquí lo que sobre la palabra *diversidad* y otras que hay que evitar hablando de la Trinidad Santísima, dice Santo Tomás:

"Cuando hablamos de la Santísima Trinidad, hay que huir de dos errores opuestos y caminar con precaución entre ambos: uno es el de Arrio, que afirma la trinidad de substancias con la trinidad de personas; y otro el de Sabelio, que afirma la unidad de personas con la unidad de esencia.

„Para no incurrir en el error de Arrio, es menester que al hablar de Dios nos guar-

las funciones significadas por ellos. La idea de la paternidad, fundamento de la familia, no ha podido caber en el entendimiento humano. Entre el padre y el hijo no hay ninguna de aquellas diferencias fundamentales que presentan una base bastante ancha para asentar en ella un derecho. La prioridad es un hecho y nada más; la fuerza es un hecho y nada más; la prioridad y la fuerza no pueden constituir por sí mismas el derecho de la paternidad, aunque pueden dar origen á otro hecho, el hecho de la servidumbre. El nombre propio del padre, supuesto este hecho, es el de *señor*, como el nombre del hijo es el de *esclavo*. Y esta verdad que nos dicta la razón, está confirmada por la historia: en los pueblos olvidados de las grandes tradiciones bíblicas, la paternidad no ha sido nunca sino el nombre propio de la tiranía doméstica. Si hubiera existido un pueblo, olvidado por una parte de esas grandes tradiciones y apartado por otra del culto de la fuerza mate-

demo de usar los vocablos *diversidad* y *diferencia*, por temor de alterar el concepto de la unidad de esencia, bien que para expresar el de la oposición relativa podemos emplear la palabra *distinción*. Por eso, cuando en cualquier escrito ortodoxo hallemos las palabras *diversidad* ó *diferencia* de las Personas, debemos entender *distinción*. Del propio modo, si se quiere no alterar el concepto de la simplicísima esencia divina, debemos guardarnos de usar las voces *separación* y *división*, las cuales significan distribución de un todo en diversas partes. Así también, para no alterar el concepto de la igualdad entre las Personas divinas, debemos evitar la palabra *disparidad*; y por último, para no alterar el concepto de la semejanza entre las mismas personas, no podemos decir de ninguna que sea *desemejante* y *extraña* á la otra, porque, como dice San Ambrosio (*De Fide*, lib. II), *entre el Padre y el Hijo nada hay que sea desemejante, pues en ellos hay una misma y sola divinidad*. A lo cual añade San Hilario, que *en Dios nada hay separable*. (*De Trinitate*, VII.)

„En cuanto al error de Sabelio, para no incurrir en él, debemos abstenernos de emplear la palabra *singular*, por ser opuesta al concepto de la *comunicabilidad* de la esencia divina. Porque como dice San Hilario en su mismo citado libro: *llamar Dios singular al Padre y al Hijo, es un sacrilegio*. Por la misma razón no debemos tampoco usar la palabra *único*, si no queremos adulterar el concepto de la pluralidad de personas, pues, como dice también San Hilario, *en Dios no cabe la singularidad ni el sentido que implica la palabra único*. Decimos ciertamente Hijo único, por cuanto, en efecto, Dios no tiene varios; pero está mal dicho Dios único, por cuanto la divinidad es común á varias personas. Tampoco debemos usar la palabra *confundido*, por no tergiversar el orden de procesión de las personas divinas, pues como dice San Ambrosio: *Lo que es uno, no es confuso, así como tampoco es múltiple lo que no contiene diferencia alguna*. Evitese también, por último, la palabra *solitario*, como opuesta al concepto de la unión entre las personas divinas, porque como dice San Hilario (IV, *De Trinit.*): *El Dios á quien adorar debemos, no es un Dios solitario ni un Dios en quien se halle diversidad alguna*." (*Sum. Theol.*, I, q. XXXI, 2.)

rial, en ese pueblo los padres y los hijos hubieran sido y se hubieran llamado hermanos. La paternidad viene de Dios ¹, y sólo de Dios puede venir en el nombre y en la esencia. Si Dios hubiera permitido el olvido completo de las tradiciones paradisiacas, el género humano, con la institución, hubiera perdido hasta su nombre.

La familia, divina en su institución, divina en su esencia, ha seguido en todas partes las vicisitudes de la civilización católica: y, esto es tan cierto, que la pureza ó la corrupción de la primera es siempre síntoma infalible de la pureza ó de la corrupción de la segunda, así como la historia de las varias vicisitudes y trastornos de la segunda es la historia de los trastornos y de las vicisitudes por que va pasando la primera.

En las edades católicas, la tendencia de la familia es á perfeccionarse; de natural se convierte en espiritual, y del hogar pasa á los claustros. Mientras que los hijos se postran reverentes en el hogar á los pies del padre y de la madre, los habitantes de los claustros, hijos más rendidos y reverentes, bañan con lágrimas los sacratísimos pies de otro Padre mejor, y el sacratísimo manto de otra Madre más tierna. Cuando la civilización católica va de vencida y entra en un período decadente, luego al punto la familia decae, su constitución se vicia, sus elementos se descomponen, y todos sus vínculos se relajan. El padre y la madre, entre quienes no puso Dios otro medianil sino el amor, ponen entre los dos el medianil de un ceremonial severo; mientras que una familiaridad sacrílega suprime la distancia que puso Dios entre los hijos y los padres, echando por el suelo el medianil de la reverencia. La familia, entonces envilecida y profanada, se dispersa, y va á perderse en los Clubs y en los Casinos.

La historia de la familia puede encerrarse en pocos renglones. La Familia divina, ejemplar y modelo de la familia humana, es eterna en todos sus individuos. La familia humana espi-

¹ Flecto genua mea ad Patrem Domini nostri Jesu Christi, ex quo omnis paternitas in coelis et in terra nominatur. (Eph., III, 14-15.)

ritual, que después de la divina es la más perfecta de todas, dura en todos sus individuos lo que dura el tiempo; la familia humana natural, entre el padre y la madre, dura lo que dura la vida, y entre el padre y los hijos, largos años. La familia humana anticatólica dura entre el padre y la madre algunos años; entre el padre y los hijos algunos meses; la familia artificial de los Clubs dura un día, la del Casino un instante. La duración es aquí, como en otras muchas cosas, la medida de las perfecciones. Entre la familia divina y la humana de los claustros hay la misma proporción que entre el tiempo y la eternidad; entre la espiritual de los claustros, la más perfecta, y la sensual de los Clubs, la más imperfecta de todas las humanas, hay la misma proporción que entre la brevedad del minuto y la inmensidad de los tiempos.